

La historiografía catalana y el marxismo

Catalan Historiography and Marxism

José Luis Martín Ramos

Universitat Autònoma de Barcelona

En los últimos años de la Dictadura Franquista el marxismo aparecía como la orientación dominante entre la nueva generación historiográfica. Una generación que empezaba a incorporarse a la docencia universitaria de la mano de aquellos que habían hecho de puente entre el magisterio de Vicens Vives y la recepción del marxismo, Josep Fontana y Josep Termes. La creación de la Universidad Autónoma de Barcelona llevó a la contratación por el Departamento de Historia, por la iniciativa o el aval de ambos, de una parte de los que habían compartido con ellos trabajo en la adaptación española de la *Gran Enciclopedia Larousse*, editada por Planeta, todos vinculados o en la periferia del PSUC: Francesc Espinet, Miquel Izard, Anna Sallés, Ramón Garrabou, Borja de Riquer, Pere Gabriel, Anna María García, quien firma este artículo; a ellos se sumaron otros jóvenes licenciados que compartían orientación ideológica, aunque no siempre aquella militancia concreta —Esteban Canales, Ramón Alquézar, Francesc Bonamusa, Joaquim Nadal y Enric Ucelay Da Cal—; se configuró así un grupo de historiadores contemporaneístas notablemente compacto por sus afinidades ideológicas y su experiencia conjunta, en el trabajo o en la militancia^[1]. Obviamente, no eran

los únicos historiadores que tenían entonces como referencia a Marx en la universidad catalana, pero eran los que constituían el núcleo más compacto que se traducía en predominante en el ámbito de su actividad. Y vinculados a ellos se formaba una tercera oleada de alumnos, entre ellos Leandre Colomer, Ricard Vinyes, Ferran Mascarell, Josep Maria Fradera, nacidos en 1952, que constituían una suerte de primera generación de la transición y protagonizarían la fundación de la revista *L'Avenç*, destinada entonces a consolidar la presencia pública en la universidad y fuera de ella de la historiografía marxista. Esa importante presencia de Marx en los setenta no solo se producía en la historiografía, también lo hacía en buena parte del pensamiento filosófico, liderado por Manuel Sacristán junto con Francisco Fernández Buey, que representa-

general que pretendo, en el área de la historia contemporánea, en la que el predominio de Marx fue mayor, tuvo mayor trascendencia social y marcó la orientación general. Aunque no desconozco que hubo influencia del marxismo en la historiografía antigua (Alberto Prieto) medieval (Manuel Sánchez), moderna (empezando por Pierre Vilar, en el umbral de la contemporaneidad; Eva Serra); también entre los prehistoriadores (Eudald Carbonell, Vicente Lluell) cuyos años de formación universitaria correspondieron a la difusión en España de los libros de V. Gordon Childe. Desarrollar de manera exhaustiva la presencia de historiadores marxistas en todas las áreas en que está dividido nuestro oficio sería objeto más propiamente de un trabajo académico, de un libro, que de los objetivos de este artículo.

1.- En este artículo me mantengo, en orden a la reflexión

ban respectivamente las dos primeras generaciones antes citadas; o lo había hecho en el económico, en la época en que éste se entendía como el pensamiento de la economía política, antes de la conversión de toda una generación que se movía en su campo o el de su influencia (Mas Collell, Pastor, Barberá, Maragall...), al neoliberalismo que se colaba a través de la teoría de juegos y la econometría. Era una influencia amplia que tenía que ver con la activa militancia antifranquista de los jóvenes historiadores, filósofos, economistas... organizados en partidos marxistas; también con el descrédito del pensamiento conservador por su vinculación a la Dictadura y la relativa debilidad del nacionalismo catalanista liberal, con escasa presencia este último en la lucha social antifranquista aunque con una persistencia en el panteón de la cultura catalana reprimida que la mantenía en condiciones de recuperar sus antiguas posiciones de los años veinte y treinta.

Esa posición dominante del marxismo o, si se prefiere, del pensamiento de Marx y su desarrollo en las ciencias sociales, adquirida al compás de la expansión de la movilización social contra la Dictadura franquista, empezó a declinar a comienzos de los ochenta. En 1985 Francisco Fernández Buey, en un artículo en la revista *Sistema* sobre la historia del marxismo en España^[2], señaló con ironía que la literatura marxista, tan presente en los anteriores quince años, habían «regresado a los lugares más inaccesibles de las librerías», y añadió con inquietud «el desinterés de las nuevas generaciones universitarias por las publicaciones marxistas en general». No sólo eso, aventuró que tal retroceso, que era «la negación de la validez de un punto de vista

globalizador e internacionalista», se haría en favor del «renacimiento de los nacionalismos como ideologías principales de oposición». Lo que señaló Francisco Fernández Buey valía también como predicción sobre la presencia de Marx en la historiografía catalana —y en las aulas universitarias—, aunque su augurio tardara en hacerse realidad inequívoca unos pocos años. En 1982 Josep Fontana publicaba *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, defensa cerrada de una interpretación de la historia en sintonía con Marx; la historiografía marxista británica seguía presente en las aulas y las librerías, merced a su calidad específica; y en 1989 se publicaba una nueva traducción de la obra clásica de E.P. Thompson —*La formación de la clase obrera en Inglaterra*— que mejoraba la primera publicada en 1977 y la relanzaba entre la que se esperaba sería la tercera oleada de historiadores marxistas. Quizás esa presencia todavía en las librerías catalanas de la historiografía británica —merced al esfuerzo editorial conjunto de Josep Fontana y Gonzalo Pontón desde la editorial Crítica— y la atención que los historiadores aún le concedían produjo un espejismo. En una conocida ocurrencia Pierre Vilar espetó en Madrid durante un acto del centenario de la muerte de Marx que «todo el mundo, menos los historiadores» tenían miedo al autor del *Manifiesto Comunista* y *El Capital*. A pesar del aparente reconocimiento que se le seguía haciendo había ya signos de lo contrario, cada vez más frecuentes y potentes: los debates sobre el sujeto de la historia, el tema de estudio de los historiadores, las nuevas modas que sobre todo venían de Francia, la reducción del pensamiento y la acción de los hombres a exposición verbal, las dudas sobre la revolución vertidas al calor de la revisión de la francesa por un antiguo historiador revolucionario, Furet, ahora adalid de la ideología antimarxista, estaban empezando a calar

2.- Reproducido recientemente en Francisco Fernández Buey, *Marx a contracorriente. En el bicentenario del autor de El Capital*. Edición a cargo de Salvador López Arnal y Jordi Mir García, El Viejo Topo, Barcelona, 2018



Trabajadores portuarios durante un descanso, Francia, octubre de 1932 (Foto: Agence de Presse Mondial Photo-Presse, fuente: Bibliothèque nationale de France).

entre los historiadores, investigadores y docentes. Con algo de sordina Fontana empezó a recibir no pocas críticas por su libro de 1982. Y frente al supuestamente agotado «marxismo» se empezaron a buscar las más diversas alternativas; en Cataluña, esas alternativas podían tener, aunque no fuera totalmente, un polo de convergencia: aquella que Fernández Buey había señalado, la del nacionalismo como nuevo movimiento de oposición, la recuperación de una historia nacional propia, frente al ligero predominio que en las dos últimas décadas habían tenido las historias sociales y las historias económicas.

En 1990 Enric Ucelay Da Cal, en una polémica ponencia publicada en 1990 por el Cercle d'Estudis Històrics i Socials de Girona^[3], levantaba acta de la doble y com-

plementaria crisis de la historiografía contemporánea catalana y del predominio que en ella había mantenido hasta entonces la propuesta marxiana. Lo hacía con argumentos sorprendentes, como suele, desafiando no obstante las reacciones de pereza intelectual: se trataría en su opinión de una crisis de mercado. Hay crisis porque el mercado es reducido: los lectores catalanes de historia son una minoría de los lectores que son una minoría de la población catalana, a pesar de todo; y porque encima carece de la protección institucional que le resulta imprescindible para sobrevivir con desahogo, es decir con expectativas de carrera para quienes habían de escribirla y publicarla. Las críticas a Enric Ucelay Da Cal se cebaron demasiado en esa cuestión del mercado y en los detalles que aportaba sobre cantidades de publicaciones y tiradas de revista; no obstante, si la centralidad dada a tal argumento podía ser discutible —e incómo-

3.- Quaderns del Cercle, *La historiografía catalana: balanç i perspectives*, Girona, 1990.

da, desde luego— su exposición apuntaba cuestiones claves en la valoración de la historiografía marxiana y en su futuro. No sé si lo hizo a propósito para poner en evidencia la falta de congruencia intelectual de sus compañeros de oficio, o para señalar lo que en su criterio era su obsolescencia ideológica y política, sea por lo que fuere evitó calificar a la corriente dominante entre los historiadores contemporaneistas de «historiografía marxista» para etiquetarla como «historiografía frentepopulista»; esa adjudicación restaba homogeneidad intelectual a la corriente considerada marxista y la convertía en un frente de confluencia de posiciones ideológicas entre las que estaban no solo las de signo comunista o socialista sino también las nacionalistas. Por otra parte caracterizó la producción de esa «historiografía frentepopulista» no por la homogeneidad de su discurso ideológico o por el uso común de un determinado método, sino por la naturaleza de sus objetos de estudio mayoritarios: el movimiento obrero, la historia de la izquierda y sus instituciones políticas, la historia económica y en particular la transición del Antiguo Régimen a la etapa burguesa y capitalista —traslación, en parte, de uno de los motivos fundamentales de la historiografía marxista, en particular la anglosajona: la transición del feudalismo al capitalismo. Y finalmente, pero no en último término, la razón ideológica y política de aquella falta de protección institucional, que no era sino el prelude de la batalla planteada desde esas instancias por una reorientación de la historiografía catalana.

La etiqueta de historiografía frentepopulista» —imagen brillante, pero discutible sobre su aplicabilidad al caso— sugería algo que es difícil no reconocer. La historia que se escribía desde la militancia intelectual marxista era, salvo excepciones, una amalgama de concepciones y estilos historio-

gráficos, en la que destacaban las sombras de Vicens Vives y Soldevila y las de la escuela francesa de los *Annales*, con particulares influencias braudelianas. Metodológicamente, por otra parte, era notablemente mejorable; había incorporado la preocupación por la investigación empírica, por el trabajo de archivo y la precisión del dato, pero frecuentemente eso se traducía en un producto más descriptivo que de análisis e interpretación. No era nada definitivo, tanto la mezcla de concepciones y estilos como los defectos metodológicos podían responder al peculiar proceso formativo intelectual y profesional, que los historiadores que se consideraban marxistas en las décadas de los setenta y ochenta habían tenido que realizar de manera autodidacta y aprovechando la disponibilidad muy desigual y heterogénea de los recursos teóricos e historiográficos a los que se conseguía acceder. Tanto valía un Poulantzas como un Hobsbawm, el socio-economicismo final de Vicens Vives como el discurso romanticista de Soldevila; y no porque no pudieran tener todos aportaciones concretas de interés, asumibles incluso, sino porque todavía se estaba en la fase de juntar retales y aún no se había conseguido —insisto, de manera general— confeccionar un traje entero desde un único patrón. Quizás la dificultad para escribir libros —más allá de los que se derivaban de la publicación de las tesis de licenciatura y doctorado— y el predominio de los artículos tuviera algo que ver. Menos razón, para mí tenía el reproche a la selección de temas; esa selección no es neutra y los temas priorizados tenían que ver con intereses fundamentales del marxismo: la crítica a la sociedad capitalista y la defensa de una propuesta, de pensamiento y de lucha, emancipadora; si acaso, es cierto que convenía abrir el campo de estudio a la derecha y sus regímenes políticos, quizás incluso reconsiderar como derecha los

protagonistas burgueses de la obra de Vicens Vives, aunque eso no aparecía como la prioridad a finales del franquismo e incluso podía tener un sentido contradictorio. Vista desde la perspectiva de su todavía corta existencia la crisis de la historiografía de vocación marxista, que afectaba al conjunto de los estudios sobre la contemporaneidad, era más una cuestión de crecimiento, que de agotamiento. Precisamente por ello el reclamo de ayuda, de protección institucional podía tener sentido.

Sin embargo, lo que se estaba produciendo en el ámbito cultural y también historiográfico catalán, en el tránsito hacia la última década del siglo XX, no era un déficit de protección, sino algo bien distinto: una ofensiva, desde el nacionalismo políticamente vencedor desde las primeras elecciones autonómicas y desde las instituciones de la Generalitat que controló totalmente entre 1980 y 2003 y desde 2010 hasta hoy, y parcialmente aunque con nuevos protagonistas entre 2003 y 2010. Un nacionalismo que albergaba en su núcleo duro la voluntad de combatir la interpretación marxista de la historia de Cataluña y sustituirla plenamente —en el mundo académico, en la divulgación y finalmente en la memoria histórica— por una historia nacional tanto en la delimitación de su espacio de estudio como en el sentido de su interpretación. La hostilidad de Jordi Pujol hacia los intelectuales marxistas, que hacía extensible a los ámbitos universitarios en los que tenían una presencia destacada, era conocida; no obstante, la gestión de esa hostilidad y del vuelco que había que dar, en nuestro caso en la historiografía, fue desarrollada hábilmente no desde la confrontación abierta sino desde la oferta de alternativas materiales, desde la atracción incluso ejercida sobre determinados historiadores, de manera singular por parte de Albert Manent, asesor personal de Jordi Pujol y presiden-

te entre 2000 y 2004 del Centro de Historia Contemporánea de Cataluña, fundado en 1984. La evolución de historiadores de generaciones tan distintas como Josep Termes —que en su distanciamiento del marxismo llegó a afirmar que nunca lo había compartido— o Agustí Colominas pueden ser ejemplos claros de esa atracción. El Centro de Historia Contemporánea de Cataluña, fue la institución central desde la que se estimuló el nuevo discurso historiográfico; consolidado a partir de la apertura en 1996 del Museo de Historia de Cataluña, dirigido inicialmente por Josep María Solé i Sabaté, uno de los adalides de la contrarreforma nacionalista en la historiografía que, en 2010, escribía contraponiendo la novela de Joan Sales sobre la guerra civil —*Incerta Glòria*— con los historiadores marxistas de los años setenta, sus profesores, que «adoctrinaban, más que enseñaban». Solé Sabaté afirmó que en la novela de Sales había encontrado por fin «la verdad» sobre la guerra civil y que con ella «un grupo de jóvenes historiadores empezamos a querer salir de las falsas verdades establecidas sobre nuestro pasado y empezamos a ver que todo estaba por conocer, por investigar».

Ese grupo de jóvenes historiadores y no pocos de los historiadores de los años setenta y ochenta que han abandonado su vocación marxista juvenil y se han sumado, desde el nacionalismo o no, al proyecto dominante de la historia nacional, predomina hoy en las librerías y en los centros académicos. Quienes siguen tomando como referencia fundamental, no necesariamente exclusiva que eso tendría poco de marxiano, a Marx y a la producción historiográfica marxista son minoría. Y ni el momento político en Cataluña, ni el momento universitario en el que la incorporación consolidada de nuevas generaciones está hoy por hoy bloqueada, auguran que pueda haber un cambio. No es ningún lamento, es la realidad



Obrera con una máquina taladradora de troncos en 1917 (Foto: Tella Camera Co., fuente: Museum of Photographic Arts).

que hay que asumir, para seguir rectificando y mejorando y para no ceder ni un paso atrás, frente a otras concepciones, estilos y objetivos. El de la historiografía marxista no puede ser otro que el del análisis crítico de la historia, no por razones especulativas o «científicas», sino como parte de la lucha contra la desigualdad y contra la barbarie, que siguen siendo características y pilares fundamentales del sistema que Marx sometió a crítica en *El Capital*. El bicentenario del nacimiento de Marx nos coge en el terreno de los estudios historiográficos —en general en el de las ciencias sociales— en peores condiciones que el centenario de su muerte; nada que no pueda ser superable y que quizás esté empezando a superarse desde abajo y desde fuera, no desde la historiografía y desde las cátedras, sino desde el giro social —por contraponerlo al giro lingüístico o al giro nacional— que anuncian la persistencia de las movilizaciones de protesta popular.